

## **Activismo transnacional y solidaridad, de Cuba a Centroamérica**

### **Transnational activism and solidarity, from Cuba to Central America**

**Resumen:** La revolución cubana fungió como un punto de referencia para la movilización y el activismo transnacional (principalmente, pero no exclusivamente, de la Nueva Izquierda) al renovar prácticas, discursos e imaginarios en torno al internacionalismo, la solidaridad y las luchas anticapitalistas. Cuba simbolizaba en estos momentos una concreción particular de la revolución socialista y anticapitalista en el Sur Global, alcanzable por la vía armada y la disposición de romper los lazos políticos y económicos con los países capitalistas. Veinte años después, el activismo transnacional a favor de los procesos revolucionarios en El Salvador, Guatemala y Nicaragua se apoyó en un discurso público que, si bien reconocía la importancia de la lucha armada, recurría además a la denuncia de las violaciones a los derechos humanos por las fuerzas armadas salvadoreñas y guatemaltecas, se identificaba con las reivindicaciones a favor de la igualdad y justicia social y señalaba la injerencia militar del gobierno estadounidense como mayor obstáculo para la paz, la democracia y el desarrollo de la región. A partir de constatar estos dos momentos entrelazados –Cuba en la década de 1960 y Centroamérica en la década de 1980-, el artículo señala continuidades, discontinuidades e innovaciones en los marcos cognitivos y representaciones que acompañaron el activismo transnacional de estos dos procesos revolucionarios, y busca aportar al debate sobre las dinámicas por medio de las cuales prácticas, discursos e imaginarios colectivos se van adaptando a nuevos momentos y coyunturas históricas.

**Palabras clave:** Nueva Izquierda, movimientos revolucionarios, imaginarios colectivos, internacionalismo

**Abstract:** The Cuban revolution was an important point of reference for transnational mobilization and activism (mainly, but not exclusively, of the New Left) by renewing practices, discourses and imaginaries around internationalism, solidarity and anti-capitalist struggle. Cuba represented at this moment the possibilities of socialist revolution in the Global South achievable by armed struggle and the political will to break political and economic links with the capitalist West. Twenty years later, transnational activism emerged again to mobilize support for the revolutionary processes in El Salvador, Guatemala and Nicaragua by denouncing human rights violations by the Salvadoran and Guatemalan armed forces, promoting the demands of equality and social justice and criticizing the military interference of the US government as the most important obstacle to peace, democracy and development in the region. This article discusses continuities, discontinuities and innovations within cognitive frameworks and representations that accompanied transnational activism in support of these two revolutionary processes, and aims to contribute to the debate on the ways through which social agents adapt practices, discourses and social imaginaries to new moments and political dynamics.

**Key Words:** New Left, revolutionary movements, collective imaginaries, internationalism

Fecha de recepción: 21 de agosto de 2017

Fecha de aceptación: 30 de octubre de 2017

## Activismo transnacional y solidaridad, de Cuba a Centroamérica

Kristina Pirker\*

### Introducción

Las crisis revolucionarias son “tiempos calientes” en cuanto a la producción de imaginarios sociales, y el hecho mismo de la revolución, con su épica de situaciones heroicas y traiciones, da a la imaginación social universal un impulso particular (Baczko, 2005: 39). En la segunda mitad del siglo veinte, uno de los acontecimientos sociales y políticos más significativos en este sentido fue la revolución cubana, que contribuyó a la formulación de un “gran relato” respecto a las posibilidades revolucionarias en los países del Sur Global. Cuba jugó un rol destacado en el afianzamiento de una fe compartida por simpatizantes y militantes revolucionarios en diversos países respecto a la inmediatez de la revolución, lo cual favoreció la internacionalización del activismo político de la Nueva Izquierda.

En este artículo se usa la noción de Nueva Izquierda para referirse a un movimiento político amplio y heterogéneo de alcance global que tuvo su auge entre finales de la década de 1950 y la década de 1970. Si bien no existe una definición precisa al respecto –debido a que las modalidades organizativas, repertorios de acción y discursos de este movimiento se articularon de acuerdo con procesos históricos nacionales y culturas políticas locales- es posible identificar una serie de rasgos compartidos, entre ellos, las posturas críticas y de ruptura con los aparatos burocratizados de las organizaciones de origen socialdemócrata, comunista o nacional-popular y sus políticas reformistas; el énfasis puesto en la acción directa como vía privilegiada para desencadenar procesos de transformación radical no sólo en los ámbitos públicos y políticos, sino también para revolucionar los espacios de la cultura y la vida cotidiana (Martín Álvarez y Rey Tristán, 2017: 2-3); y la ampliación de la noción del sujeto revolucionario para incluir a fuerzas sociales que expresaban la lucha en contra de formas de dominación política, étnica o de género, más allá de la contradicción capital-trabajo. Por último, se considera una de las características principales de la subjetividad política de la Nueva Izquierda la sensación de formar parte de un movimiento de alcance internacional, de carácter anti-imperialista y anti-capitalista –en otras palabras, de un “movimiento mundial-histórico” (*world-historical movement*<sup>1</sup>)- que se identificaba no sólo con nuevos repertorios de acción colectiva, sino también con la difusión global de valores, ideas y aspiraciones basadas en la premisa de las potencialidades inherentes a los seres humanos para liberarse de las coacciones y tabús propios de la sociedad moderna- (Katsiaficas, 1987: 21-27).

---

\* Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigadora-profesora del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora (Ciudad de México), Co-coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO “Antiimperialismo, democracia, modernización”. Agradezco los comentarios de los integrantes del Seminario interinstitucional (Instituto Mora/CIALC-UNAM) “Estudios sobre Centroamérica” a un primer borrador de este artículo, así como la evaluación de los dictaminadores anónimos, que permitieron precisar los argumentos del artículo.

<sup>1</sup> Para Katsiaficas, retomando a Marcuse, “World-historical movements define new epochs in the cultural, political, and economic dimensions of society. *Even in failure* [cursivas en el original], they present new ideas and values which become common sense as time passes. World-historical movements qualitatively reformulate the meaning of freedom for millions of human beings. The massive and unexpected strife and the international proliferation of new aspirations signal the beginning of a new historical epoch.” (Katsiaficas, 1987: 8)

Dentro de esta sensibilidad social, en la cual las nociones de solidaridad e internacionalismo jugaron un papel clave, Cuba representaba un acontecimiento crucial dentro de una serie de eventos de proyección mundial (como las guerras de descolonización en Argelia y Vietnam) que caracterizaron los “largos años sesenta”. La toma de poder por parte del ejército guerrillero encabezado por Fidel Castro, el ritmo acelerado de los cambios políticos y estructurales en la isla, la ruptura con Estados Unidos y, en 1961, la declaración del carácter socialista de la revolución fueron momentos que reforzaron un sentido de época, según el cual las posturas beligerantes de un grupo creciente de países del mundo descolonial y los cuestionamientos tanto al imperialismo estadounidense como al socialismo burocrático de la Unión Soviética formaban parte de procesos mundiales de movilización, politización y radicalización simultánea cuyo centro se ubicaba en los países del Sur Global.

Veinte años después, otra revolución triunfante —esta vez en Centroamérica— abrió “el campo de lo posible”.<sup>2</sup> El triunfo sandinista en Nicaragua en 1979 y el carácter insurreccional de la movilización social en El Salvador y Guatemala entre 1980 y 1981 parecían ofrecer otra oportunidad a las revoluciones latinoamericanas para superar los “años de plomo” de los Estados de Seguridad Nacional. Si bien en retrospectiva las esperanzas resultaron efímeras al coincidir los procesos revolucionarios con el ascenso del neoconservadurismo, la crisis de los Estados desarrollistas y la puesta en práctica de la agenda económica neoliberal, en sus mejores momentos movilizaron varios miles de simpatizantes, plurales en cuanto a su origen geográfico y afinidades ideológicas, que así como denunciaron las violaciones a los derechos humanos de los gobiernos salvadoreños y guatemaltecos y el intervencionismo de Estados Unidos, buscaron también cómo apoyar activamente las luchas sociales en la región. Por su parte, tanto el gobierno sandinista como las organizaciones político-militares de El Salvador y de Guatemala consideraron a las redes transnacionales de solidaridad sus aliados estratégicos para denunciar la injerencia del gobierno estadounidense y encarar el aislamiento internacional (Perla, 2009; Cortina Orero, 2016; Perla Jr., 2008). Por su parte, las redes y grupos del activismo transnacional en apoyo a Centroamérica reprodujeron valores, imágenes y prácticas de solidaridad de los primeros años de la revolución cubana, confirmándose en este sentido la tesis de Thomas C. Wright respecto a la existencia de un ciclo político en América Latina que inició con la revolución cubana y finalizó con la derrota electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1990 (Wright, 1991).

Este artículo comparte en lo sustantivo la periodización propuesta por Wright (un ciclo político que abarca de 1959 a 1990), aunque la comparación de estudios de caso publicados en los últimos años en torno a la historia y las formas organizativas de grupos nacionales de solidaridad con El Salvador, Guatemala o Nicaragua, así como mis propias investigaciones sobre la solidaridad mexicana con El Salvador (Pirker y Núñez Rodríguez, 2016), apuntan hacia las pequeñas modificaciones en prácticas y discursos de la solidaridad por medio de los cuales, dentro del mismo ciclo político, los actores involucrados respondieron a los cambios en las coyunturas políticas nacionales e internacionales. Dichas modificaciones, así el principal argumento de este artículo, (por más mínimas que podrían parecer desde la distancia temporal), incidieron en las maneras de pensar sentido y razón de ser de las revoluciones, así como en la actualización de los propios principios de solidaridad e internacionalismo; premisas que

---

<sup>2</sup> Retomo esta noción de Reis Filho (1990, pp. 95-96) para quien esta apertura del campo de lo posible es una de las principales funciones de las revoluciones (citado en, Palieraki 2014: 160).

históricamente han jugado un rol importante dentro de las representaciones colectivas del activismo de izquierda y que contribuyeron a la constitución de un nosotros más allá de las fronteras nacionales. En este sentido, el artículo pretende, por una parte, dar cuenta de continuidades y discontinuidades en los imaginarios y prácticas de la solidaridad que caracterizaron la revolución cubana, y por otra parte, basándose en la revisión y comparación de un conjunto de estudios de caso sobre Nicaragua, El Salvador y Guatemala<sup>3</sup>, ofrecer una primera aproximación reflexiva sobre factores y dinámicas por medio de las cuales representaciones globales –como, por ejemplo, determinados modelos de revolución social y política- se van transformando.

### **Nueva Izquierda y activismo transnacional**

Solidaridad e internacionalismo como práctica, ideal o anhelo de un nuevo tipo de relación entre Sur y Norte caracterizaron a la Nueva Izquierda de la década de 1960 y 1970. En este artículo se entiende por solidaridad una dimensión de la acción política que busca forjar alianzas mediante el establecimiento de una sociabilidad basada en proyectos compartidos que imaginan futuros mejores contruidos de manera colectiva. A diferencia de lealtades apoyadas en las premisas de semejanza y similaridad (como por ejemplo el nacionalismo), la forma internacionalista de la acción solidaria reconoce la diferencia y las particularidades de los sujetos que integran las redes y relaciones transnacionales construidas para enfrentar las dinámicas de desigualdad y fragmentación, tanto sociales como espaciales, que produce el capitalismo. En la práctica política, la solidaridad internacionalista tiene como propósito, entonces, la conexión de diferentes lugares por medio de la lucha y la construcción de relaciones entre partes que trascienden el ámbito de lo nacional (Featherstone, 2014: 14-20; Aranda Andrade y García Agustín, 2014:5). Fue a partir de los estudios sobre la globalización que estas prácticas políticas se volvieron un campo de estudio dentro de las relaciones internacionales y la sociología política, como fenómeno de acción colectiva transnacional característico del periodo que se abrió con el fin de la Guerra fría. Pero, como bien han explicado tanto Arrighi, Hopkins y Wallerstein (1999) como Sidney Tarrow (2004) en sus estudios sobre movimientos sociales y acción colectiva, estos fenómenos de movilización social que trascienden fronteras nacionales y reúnen a personas, que comparten valores, ideas y principios de acción, e identifican los mismos adversarios (nacionales o extranjeros) han existido al menos desde que se fue formando el sistema-mundo moderno con sus contradicciones, producto del conflicto entre capital y trabajo y de la constitución de los Estados-nación (Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999).

En este mismo sentido, Tarrow señala que la difusión internacional de diversas formas de acción colectiva (pensando por ejemplo en el trabajo misionero de las iglesias o el trabajo político de las Internacionales), tiene siglos, si bien no siempre en la modalidad de los movimientos sociales que, según la definición del autor norteamericano, son formas de protesta contenciosa que requieren de bases locales fuertes y continuas en el tiempo. Por esta razón, las formas más frecuentes de acción colectiva en el ámbito internacional son “redes transnacionales de denuncia”, que conectan a activistas y organizaciones de distintos países con base en valores y discursos similares, para intercambiar información y servicios y realizar acciones en conjunto. Para Tarrow estas redes son relevantes para el cambio político en el ámbito local o nacional

---

<sup>3</sup> Me refiero a los estudios de casos citados en la bibliografía. En caso de referirse a ejemplos particulares, se citarán las fuentes y autores.

porque contribuyen a la difusión de marcos de acción colectiva y sirven como un recurso adicional para actores que no cuentan con foros públicos nacionales y buscan impulsar sus reivindicaciones en contextos autoritarios y excluyentes. En estos casos, el ámbito internacional y los espacios públicos de otros países pueden ofrecer alternativas para difundir demandas específicas y atraer aliados internacionales, lo cual permite a la vez incidir en las correlaciones de fuerzas en el ámbito doméstico (Tarrow, 2004: 255-271).

Si bien hay un consenso sobre la existencia de estas redes transnacionales y la importancia de intereses, valores, principios de acción y objetivos compartidos para que funcionen –sea en sus versiones más efímeras y espontáneas, o más generalizadas, continuas y organizadas– (Tarrow, 2004: 261, Fox, 2005: 178), las implicaciones de la vinculación entre actores provenientes de distintos contextos nacionales y organizativos para la transferencia de prácticas organizativas, discursos y representaciones sociales se ha analizado mucho menos. En el caso del activismo transnacional de los procesos revolucionarios de Cuba y Centroamérica, que abarca un periodo de más de 40 años, el estudio de las redes de solidaridad y de la militancia revolucionaria internacionalista, como casos empíricos específicos de activismo transnacional se ha enfocado por lo general en los propósitos y mensajes de las organizaciones insurgentes, o en las formas organizativas y actividades de la solidaridad. Pero para dar cuenta de lo multifacético y complejo de estas redes, y de los cambios que ocurrieron tanto en las prácticas como en los imaginarios sociales de la solidaridad transnacional se deben incorporar los dos planos del análisis, es decir, tanto la función del internacionalismo y de la solidaridad dentro de los mismos proyectos revolucionarios de Cuba y Centroamérica, respectivamente, como la recepción, apropiación e incluso resignificación de estos valores y representaciones por los y las activistas inmersos en sus propios contextos políticos e historias nacionales. Propuestas en torno a los marcos cognitivos de la acción colectiva de autores como Tarrow, Benford y Snow permiten identificar las razones por las cuales los protagonistas revolucionarios apostaron a la solidaridad internacional, por ejemplo, como señala Perla en sus estudios sobre el movimiento de solidaridad con Centroamérica en Estados Unidos como una “luz de bengala” para alertar a la opinión pública sobre los costos humanos de la intervención estadounidense en la región (Perla Jr., 2008). Pero estas propuestas analíticas con su énfasis en la racionalidad y los intereses, difícilmente permiten reconstruir el significado que la solidaridad adquirió para aquellas personas que invirtieron energía, tiempo y recursos a favor de procesos revolucionarios lejos de sus propios países. El concepto de marcos cognitivos de acción, establecido por Benford y Snow, parece útil para analizar la inserción de dispositivos simbólicos específicos de colaboradores y simpatizantes en encuadres globales lo cual permitió formular, intercambiar y hacer inteligibles diagnósticos, pronósticos y propuestas de acción particulares (Benford y Snow, 2000). Esta herramienta analítica puede complementarse con una noción de imaginario social referida no sólo a las dimensiones comunicables de las razones de la acción, sino también, tal como lo ha señalado Bronislaw Baczko, a determinadas esquemas colectivos de interpretación, a recuerdos y representaciones del pasado cercano o lejano que influyen en la codificación de las expectativas y esperanzas de las experiencias individuales (Baczko, 2005: 30). Los imaginarios sociales, al articular una dimensión fáctica y una normativa, permiten construir ideas acerca de fenómenos, instituciones y organizaciones sociales –sus características y dinámicas, cómo deberían funcionar, y qué tipo de desviación los invalidaría en la práctica (Taylor, 2006: 38).

Para el escenario histórico que se discutirá en este artículo, el concepto de imaginario resulta clave porque la solidaridad como valor y como principio de la acción transnacional jugó un papel clave en el universo simbólico de la Nueva Izquierda. Sus integrantes, como bien señala Katsiaficas, se sentían parte de un movimiento histórico –continuidad de los ciclos revolucionarios de 1848, 1905, 1917-, así como de un proceso mundial, en el cual las luchas anti-imperialistas y de descolonización ocuparon un lugar central (Katsiaficas, 1987: 11). Dentro de esta convicción, la solidaridad internacional jugaba un rol central como puente entre colectividades heterogéneas, para las cuales la colaboración en distintos niveles (político, militar, económico, comunicativo, etc.) en función de un fin trascendental (la revolución, liberación y emancipación de los seres humanos) permitía identificar afinidades y oposiciones en la búsqueda por precisar los límites desbordantes de una identidad colectiva siempre difusa (Baczko, 2005: 11-12).

### **Cuba, 1960s: “El deber de todo revolucionario es hacer la revolución” (Fidel Castro)**

Si bien la Revolución cubana significa un hito para el activismo transnacional y el ideario de la solidaridad internacional en América Latina, hubo acontecimientos previos que prefiguraron dispositivos de apoyo mutuo basados en la identificación de valores e intereses en común. Así, por ejemplo, la lucha de Augusto César Sandino en contra de la ocupación de Nicaragua por las marines estadounidense provocó en toda América Latina (e incluso en algunos sectores dentro de Estados Unidos) muestras de solidaridad que abarcaban desde reportajes periodísticos sobre el “General de los hombres libres”, campañas de denuncia de la injerencia imperialista, colecta de fondos, e incluso la participación de simpatizantes extranjeros en el ejército guerrillero (Wünderich, 1995; Galicia Martínez, 2015). Dos décadas después, el Pacto del Caribe (1948), expresó el acuerdo entre un grupo distinguido de políticos liberales de Centroamérica y el Caribe, exiliados por los dictadores de sus respectivos países, de apoyarse mutuamente en sus luchas nacionales por la democracia por medio de la organización de expediciones militares para derrotar a los gobiernos autoritarios (Camacho Navarro, 1997). Dicha colaboración, que involucró principalmente a exiliados de Nicaragua, Costa Rica y de la República Dominicana y contó con el apoyo del gobierno revolucionario de Guatemala, constituye un referente importante, si bien opacado por la experiencia cubana de 1959, para comprender mejor de qué manera una tradición insurreccionalista latinoamericanista de raíces liberales preparó el terreno para un activismo transnacional que veía en la lucha armada una estrategia legítima y viable para luchar por reivindicaciones democráticas y enfrentar a regímenes dictatoriales.

En este sentido, la “innovación” cubana en cuanto a objetivos y métodos –y que explica el grado de atracción y proyección en el ámbito internacional, más allá del continente americano- se ubicaba por una parte en la profundización y radicalidad de las transformaciones guiadas por los principios de igualdad y justicia social, y una perspectiva tercermundista impulsada por Fidel Castro y Ernesto Che Guevara que abarcaba desde América Latina a todo el Sur Global. En sus posturas tercermundistas se condensaron antecedentes internacionales como la formación y ampliación del Bloque de los no alineados y los procesos de descolonización en África y Asia, que contaban con sus propias redes de solidaridad y alianzas transnacionales (Gilman, 2003: 44-52), así como la aparición de nuevos escenarios y líneas de confrontación ideológica en los países del Sur que articulaban la confrontación Este-Oeste de la Guerra fría con dinámicas internas (Saul, 2004; Mayer, 2011: 82-83). Para la construcción del discurso y la práctica tercermundista

cubana resultó decisiva su lugar dentro de las relaciones internacionales: a pesar del alineamiento con la Unión Soviética a partir de 1962, después de la crisis de los misiles, la actitud de la principal potencia socialista hacia la isla fue pasiva, en contraste con el permanente hostigamiento y asedio por parte de Estados Unidos y sus intentos internacionales por aislar político- y económicamente la isla. Las posturas distantes y hostiles de la mayoría de los gobiernos europeos y latinoamericanos (con excepción de México) profundizaban en la década de 1960 el aislamiento diplomático de Cuba, lo cual contrastaba fuertemente con el interés, la efervescencia y el apoyo solidario expresado por organizaciones de izquierda, movimientos sociales y redes de artistas e intelectuales (Hernández, 2009: 21). En este contexto, desde la perspectiva de los revolucionarios cubanos era consistente con su proyecto revolucionario, además de estratégico para su supervivencia, apostar al fortalecimiento material, financiero y simbólico de grupos insurreccionales provenientes de diversos lados del mundo (pero principalmente de América Latina) y mantener márgenes de independencia de las políticas y estrategias soviéticas contraviniendo de esta manera los posicionamientos gradualistas de la mayoría de Partidos Comunistas en América Latina alineados con la Unión Soviética. Parte de la estrategia era también sumar aliados no gubernamentales, tanto políticos como intelectuales, dispuestos a incidir en la opinión pública de sus respectivos países a favor de las posiciones cubanas y denunciar las políticas de asedio del gobierno estadounidense (Wright, 1991: 34). En consecuencia, la convocatoria a la Conferencia Tricontinental (3 a 15 de enero de 1966), a la que asistieron 483 delegados de diferentes organizaciones y movimientos de liberación nacional provenientes de América, Asia y Europa y la fundación de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL) en el mismo año, así como la Organización de Solidaridad de América Latina surgida en 1967 formaron parte de una apuesta cubana por crear estructuras adecuadas que permitieran enfrentar el aislamiento diplomático ofreciendo bases cada vez más sólidas para la interacción transnacional entre activistas y militantes provenientes de distintos países y motivados en los ideales tercermundistas de cooperación, intercambio y apoyo mutuo. Por otra parte, las actividades de la institución cultural Casa de las Américas (encuentros culturales, premios literarios, actividades editoriales, etcétera) y la convocatoria a foros intelectuales, como el emblemático Encuentro de intelectuales en la Habana en 1968, expresaron esta misma intencionalidad pero enfocada al campo intelectual y artístico: es decir, la creación y consolidación de espacios para el intercambio, la asociación y la interacción transnacional en torno a un principio de unificación: fortalecer un espíritu y una identidad tercermundista en cuyo centro se encontraba Cuba y su proceso revolucionario (Gilman, 2003: 81ss). La presencia pública o clandestina de dirigentes y militantes de grupos radicales estadounidenses en Cuba –específicamente del movimiento radical afroamericano *Black Power* (por ejemplo, Stokely Carmichael<sup>4</sup> o Eldridge Cleavers<sup>5</sup>)- ligó en el plano simbólico y práctico las luchas de descolonización del Sur Global con la movilización de los grupos más marginales, excluidos y discriminados (las “colonias internas” según la Nueva Izquierda) de las metrópolis.

Ernesto Che Guevara era uno de los personajes más emblemáticos para la construcción de una posición tercermundista basada en la premisa que era posible la convergencia entre

---

<sup>4</sup> Dirigente de la organización *Student Non Violent Coordinating Comitee* (SNCC), integrante del *Black Power*. Participó en la Conferencia Tricontinental (Mayer, 2011: 116).

<sup>5</sup> Dirigente y ministro de Información del *Black Panthers Party* (PPP) hasta 1971. Estando en libertad condicional después de asaltar una patrulla policial en Oakland, huyó en 1968 a Cuba (Mokhtefi 2017: 98).

sociedades histórico- y culturalmente diferentes a partir de las experiencias compartidas de descolonización, enfrentamiento con las potencias imperialistas, y la condición de subdesarrollo. En diversos discursos y escritos expresaba también su toma de distancia frente a la Unión Soviética y China, así como la reivindicación de posturas e intereses independientes de los países del Sur que trascendían las lógicas de la confrontación bipolar de la Guerra Fría. Estos posicionamientos se perciben claramente en los planteamientos relativos a la lucha armada, las referencias directas e indirectas a la experiencia vietnamita y la centralidad de la estrategia guerrillera por encima de otras formas de protesta y lucha social:

... podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes –donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares- en la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo (Guevara, 2006: 33-34).

El principio de solidaridad con las luchas políticas y militares de descolonización en cualquier lado del mundo era otra marca del tercermundismo guevarista. Así, por ejemplo, en el discurso pronunciado en el 2do Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática en Argel (1965), el dirigente revolucionario insistía en la necesidad de apoyarse mutuamente para derrotar al imperialismo: “No hay fronteras en esta lucha a muerte, no podemos permanecer indiferentes frente a lo que ocurre en cualquier parte del mundo, una victoria de cualquier país sobre el imperialismo es una victoria nuestra, así como la derrota de una nación cualquiera es una derrota para todos” (Guevara, 1965). El éxito de Cuba para interpelar los mundos del activismo de la Nueva Izquierda residía, entonces, no sólo en la legitimación de la acción directa y el voluntarismo foquista, sino en una promesa de inclusión: todos/as –independientemente de la nacionalidad, de si provenían de un país periférico o la metrópolis imperialista-, podían formar parte de la gran promesa de liberación nacional, descolonización y transformación socialista siempre y cuando estarían dispuestos a adherirse a la vía armada como estrategia de lucha:

Y que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario; con ejércitos proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se luche sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Viet Nam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil, para citar sólo los escenarios actuales de la lucha armada, sea igualmente gloriosa y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aún, un europeo. Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen (Guevara, 2006: 34).



Si bien el tópico político-militar ocupaba un lugar central en la noción de solidaridad promovido en el proceso cubano, no era lo único. Un lugar igualmente importante ocupaba la cooperación solidaria en el plano económico, con la insistencia en la necesidad de un desarrollo orientado a la superación de las relaciones de explotación capitalista, y el papel asignado a los aliados del bloque oriental para lograr estos objetivos. Como se verá en la cita a continuación, Guevara se hacía vocero de una postura que resignificaba la noción de cooperación institucional y técnica entre países y gobiernos, basada en una visión de cooperación para el desarrollo, compartida por los países capitalistas, que prometía resolver la brecha Norte-Sur por medio de los mecanismos del mercado y comercio internacional capitalista y el alineamiento de los países descolonizados con el bloque occidental.

Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del Occidente. (...) Un gran cambio de concepción consistirá en cambiar el orden de las relaciones internacionales; no debe ser el comercio exterior el que fije la política, sino, por el contrario, aquel debe estar subordinado a una política fraternal hacia los pueblos (Guevara, 1965).

También en estos aspectos de cooperación técnica institucional, era crucial la idea de una disposición de entrega individual total al proyecto colectivo. En su reflexión sobre las necesidades de los países subdesarrollados en términos económicos, técnicos y educativos, Guevara señalaba el aporte y la importancia de los técnicos enviados por los países socialistas como transmisores de conocimientos y prácticas:

...los técnicos que vienen a nuestros países deben ser ejemplares. Son compañeros que deberán enfrentarse a un medio desconocido, muchas veces hostil a la técnica, que habla una lengua distinta y tiene hábitos totalmente diferentes. [...] los países hermanos nos han enviado cierto número de técnicos que han hecho más por el desarrollo de nuestro país que diez institutos y han contribuido a nuestra amistad más que diez embajadores o cien recepciones diplomáticas (Guevara 1965).

En la década de 1960, Cuba representaba para la Nueva Izquierda una promesa de inclusión dentro de un proyecto político radical y revolucionario a través de una participación solidaria que no se limitaba a la lucha armada sino incluía otras formas de práctica política y acción directa. Estas promesas resultaban especialmente atractivas para un segmento de intelectuales y militantes emblemáticos, para quienes el apoyo a la revolución cubana expresaba también una manera de protestar y posicionarse críticamente en contra de sus propios Estados y gobiernos. Por esto, intelectuales como Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir o Charles Wright Mills visitaban la isla, así como militantes de los movimientos afroamericanos radicales, (Mayer, 2011: 114-116). Y también lo demuestra la movilización activista en los países centrales, como en el caso de la Brigada Venceremos que incitaba cada año a ciudadanos estadounidenses para que viajaran a Cuba y transgredieran de esta manera las prohibiciones de viaje de su gobierno. Durante sus estancias, los integrantes viajaban por el país, participaban en discusiones sobre la situación política y social de Cuba y colaboraban, acompañados por cuadros selectos de las organizaciones sociales del Partido Comunista Cubano, en proyectos productivos, agricultura o la construcción de casas. Ciertamente, estas visitas estaban organizadas y conducidas por las instancias del Estado cubano, lo cual significaba acceder a una visión sesgada respecto al proceso, los conflictos y las políticas cubanas, no obstante, para los y las internacionalistas significaba

también conocer más de cerca un proyecto que prometía realizar una utopía distinta al socialismo soviético y que parecía inspirado tanto en las tradiciones de la izquierda socialista de los países occidentales como de los movimientos de descolonización y liberación nacional en África y Asia (Cluster, 2009).

La intensidad de los procesos y la magia de los símbolos contribuyeron a que, dentro de los espacios de la militancia política, el posicionamiento positivo o negativo ante Cuba se volvería un principio de identificación y, por ende, de diferenciación ideológica, ante partidos comunistas y organizaciones nacional-populares, así como en el campo intelectual y artístico (Gilman, 2003). Durante la década de 1960 Cuba representaba una serie de valores, principios de acción, y posturas internacionales que lograron trascender y permanecer en el campo simbólico a pesar de los cambios en la política cubana hacia fines de la década de 1960 y principios de 1970, como por ejemplo, el creciente control estatal y partidista sobre los debates de los intelectuales y la actividad artística (el caso Padilla); el alineamiento de Cuba con la Unión Soviética, ejemplificado en el apoyo de Fidel Castro a la intervención soviética en Checoslovaquia; la institucionalización y el acercamiento del gobierno cubano a gobiernos latinoamericanos, de índole desarrollista y nacionalista, como los gobiernos militares de Velázquez Alvarado en Perú o de Alfredo Ovando y Juan José Torres en Bolivia. La (re)inserción de Cuba al sistema interamericano constatado por Tanya Harmer para la década de 1970, no excluía de todo el apoyo simbólico y también material a grupos guerrilleros de la región, aunque si fue más moderado que en la década anterior y enfocado sobre todo en movimientos armados en países con gobiernos dictatoriales y explícitamente anticomunistas y anticastristas, como era el caso de Nicaragua bajo Somoza, El Salvador o el régimen de Augusto Pinochet (Harmer, 2013).

### **Centroamérica, 1980: “La solidaridad es la ternura entre los pueblos” (Gioconda Belli)**

Veinte años después de la revolución cubana, los acontecimientos en Centroamérica parecían ensanchar una vez más el campo de lo posible y las esperanzas colectivas respecto a la posibilidad de la revolución. A pesar de que la movilización social y radicalización política en El Salvador y Guatemala durante la década de 1970 puso en apuros a los gobiernos autoritarios, y el triunfo sandinista en julio de 1979 revalidaba la estrategia armada como instrumento legítimo y funcional para enfrentar una dictadura anti-popular, el impacto geopolítico y simbólico de los movimientos revolucionarios centroamericanos fue más limitado que, en su momento, la influencia cubana. Al respecto, Wright señala que esto se debe principalmente al carácter de la única revolución triunfante en la región y de sus principales protagonistas, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), cuyas políticas domésticas e internacionales desde el gobierno fueron moderadas a diferencia del avance y de la orientación que tuvo Cuba (Wright, 1991: 176). Si bien no se negó el estrecho vínculo con Cuba, ni la solidaridad y simpatía con otros movimientos armados de la región y del Sur Global, el gobierno revolucionario prometió desde sus principios instituir un régimen con pluralismo político, una economía mixta y una política exterior de no alineamiento (Vilas y Harris, 1985).

En la proyección y trascendencia internacional del triunfo sandinista, y en general del proceso revolucionario centroamericano, incidieron los cambios en la situación geopolítica y el contexto regional, así como en las orientaciones y simpatías del activismo transnacional. Es sabido el rol central que jugaron las políticas de la administración de Ronald Reagan para revertir

por medio de la injerencia militar y económica los procesos insurreccionales centroamericanos. Así mismo en Europa, el ascenso de gobiernos como el Margaret Thatcher en Gran Bretaña, inauguraron un ambiente (neo)conservador caracterizado por el retiro del Estado de Bienestar, y posiciones más pasivas, e incluso hostiles de Europa, ante movimientos de liberación nacional en el ámbito internacional. En América Latina, los golpes cívico-militares inspirados en la Doctrina de Seguridad Nacional y el uso del terrorismo de Estado para desarticular movimientos populares contestatarios durante la década de 1970 no sólo relativizaron las esperanzas del activismo transnacional en la inminencia de la revolución, también incidieron en la reformulación de los marcos discursivos para movilizar apoyos colectivos. Sin que la lucha armada dejara de ocupar un lugar central en el ideario militante como símbolo de entrega total a la causa y máxima expresión de la práctica revolucionaria, los objetivos se fueron modificando poco a poco pasando de la transformación socialista hacia la instalación (o restauración) de la democracia política. En estos reacomodos de los marcos discursivos para justificar la movilización en contra de Estados y gobiernos represores el tópico de los derechos humanos adquirió una hasta entonces inédita relevancia dentro de los imaginarios de la izquierda. Esto se debió a factores como la difusión de testimonios y denuncias de los sobrevivientes de la extrema e ilegal violencia estatal en el marco de los Estados de Seguridad Nacional, el significado político y simbólico del golpe de Estado en Chile para toda una generación de la izquierda internacional, más allá de sus sectores radicalizados,<sup>6</sup> así como el involucramiento en la solidaridad con Centroamérica de un sector de la Iglesia Católica influenciado por la teología de la liberación que se sintió agraviado por la persecución y los asesinatos a religiosos cometidos por fuerzas gubernamentales o paramilitares.

La centralidad de los derechos humanos y de la democracia como tópicos para interpelar a un activismo ideológicamente mucho más diverso que en el caso cubano repercutió también en los debates de la izquierda armada. Así, por ejemplo, Nicaragua se volvió un referente para organizaciones radicales y grupos armados en América Latina, para analizar de distintas maneras como incorporar las estrategias exitosas del FSLN en sus propias formas de lucha anti-dictatorial. Como ejemplo paradigmático se debe mencionar el caso del Partido Comunista Chileno (PCCh) y la incorporación de la lucha armada a la estrategia insurreccionalista de la Política de Rebelión Popular de Masas que se formuló a principios de la década de 1980 para enfrentar el gobierno militar de Augusto Pinochet. Entre las justificaciones para la reorientación de la estrategia comunistas en su lucha antidictatorial, el triunfo sandinista fue un elemento central para, por una parte, devolver la certeza entre la militancia comunista que en América Latina seguía siendo posible derrocar una dictadura por medio de una combinación de movilización insurreccional, el uso de las armas y la construcción de alianzas políticas y, por otra parte, sustituir la tesis del “partido de vanguardia” marxista-leninista sin influencia de otras culturas políticas y revolucionarias como motor de la lucha antidictatorial, por el concepto de “vanguardia

---

<sup>6</sup> La centralidad de la experiencia chilena (desde el gobierno de la Unidad Popular, el golpe de Estado y el régimen de Pinochet) para el activismo transnacional a favor de la revolución centroamericana –como antecedente de politización para muchos activistas y la incorporación del marco discursivo de derechos humanos–, está documentado en diversos estudios de casos nacionales. Véase, por ejemplo, Camacho Padilla y Ramírez Palacio (2016) sobre la solidaridad internacional en Suecia, o el trabajo de van Ommen (2016) sobre la solidaridad holandesa con la Revolución Sandinista. Para el caso de Italia y El Salvador, la activación de las redes transnacionales de católicos a partir de resignificar las represalias y asesinatos de religiosos y laicos por fuerzas estatales como nuevas formas de persecución del trabajo pastoral ha sido estudiado por Massimo De Guiseppe (2016).

compartida” y el reconocimiento del “pluralismo político dentro del sujeto revolucionario” (Álvarez Vallejos, 2006: 139).<sup>7</sup>

Sin dejar de reconocer la trascendencia internacional del triunfo sandinista, su mayor impacto y significado fue para organizaciones y revolucionarios en Centroamérica y México. La unificación formal de las tendencias del FSLN en marzo de 1979<sup>8</sup>, como preámbulo y condición previa para capitalizar políticamente el apoyo popular, ponerse a la cabeza de las fuerzas anti-somocistas y, de esta manera, hacerse del control del aparato estatal, sirvió de lección -junto a la insistencia directa de Fidel Castro-, para que las organizaciones político-militares de El Salvador y Guatemala se agruparan en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y en la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) respectivamente, con el fin de coordinar las principales ofensivas armadas, así como las estrategias diplomáticas en el ámbito internacional (Oñate, 2011: 136ss.). Desde la perspectiva de los revolucionarios centroamericanos Nicaragua se volvió una retaguardia y un centro estratégico de operaciones para el funcionamiento del aparato político-diplomático, reunir a la dirigencia político-militar, planificar campañas diplomáticas internacionales, pero también para pasar armamento, asegurar asistencia médica y periodos de descanso y rehabilitación para sus combatientes. Por último, la habilidad sandinista –específicamente de la Tendencia Tercerista- de atraer apoyo político y material internacional desde la Internacional Socialista hasta grupos de solidaridad afines a los principios de la Nueva Izquierda- enfatizando la dimensión popular, masiva y antidictatorial del sandinismo, inspiró estrategias innovadoras de comunicación para interpelar a un público internacional ideológicamente diverso. Por ejemplo, las investigaciones de Eudald Cortina en torno a las estrategias de comunicación de la insurgencia salvadoreña, señalan que el impacto público exitoso de la imagen del “muchacho”, empleado por los sandinistas para resaltar el carácter popular, joven y masivo del movimiento armado inspiró a la insurgencia salvadoreña a difundir por medio de sus aparatos de prensa las caras y biografías tanto de combatientes anónimos como de sus principales dirigentes político-militares para contrarrestar la representación en los medios gubernamentales del guerrillero como terrorista anónimo y violento (Cortina Orero 2016).

El reconocimiento del pluralismo político y sectorial en el sujeto revolucionario (Diskin 1993)–legado de la revolución cubana así como apropiación local de los insumos teóricos de la Nueva Izquierda para ajustar la teoría revolucionaria a las realidades sociales y culturales de las sociedades específicas- se expresó también en la importancia de organizaciones civiles y populares (en las cuales participaron militantes de las organizaciones político-militares) para establecer vínculos con comités y movimientos sociales en EEUU, Europa y México. Después del triunfo sandinista, la búsqueda de muestras públicas de apoyo y recolección de fondos para Nicaragua se realizó a través de los grupos de base y organizaciones de masa cercanas al FSLN (Perla, 2009: 123), en el caso de El Salvador cada una de las organizaciones político-militares del

---

<sup>7</sup> La Política de Rebelión Popular de Masas del PCCh ensambló un repertorio amplio de formas de lucha que incluía formas de acción institucional y acción directa (formación de alianzas con fuerzas democráticas, lucha electoral, huelga general, lucha armada, etcétera) con el fin de derrocar la dictadura y reinstaurar un régimen democrático en Chile. En este sentido, la vía armada fue considerada un método para la lucha democrática anti-dictatorial, más que una estrategia para el triunfo del Socialismo. Agradezco a Omar Núñez Rodríguez las observaciones con respecto al PCCh.

<sup>8</sup> En 1975 el FSLN se dividió en tres tendencias: Tendencia Guerra Popular Prolongada, Proletaria e Insurreccional o Tercerista.

FMLN atendía y cuidaba a sus contactos y redes de solidaridad en diversas partes del mundo (Pirker y Núñez Rodríguez, 2016: 293). Lo mismo buscaba realizar la URNG, aunque de manera mucho más limitada y precaria debido a vínculos más débiles con movimientos y organizaciones populares en Guatemala y la falta de contactos previos con actores sociales y partidos políticos en Europa y EEUU (Macleod, 2011/2012: 232). Pero en todos los casos, la realización de eventos públicos resultó central para denunciar la violencia estatal y la complicidad estadounidense, así como para mostrar públicamente los apoyos sociales a los procesos revolucionarios. Casos emblemáticos de la escenificación pública de la solidaridad fueron, por ejemplo, el Tribunal Permanente de los Pueblos (México, 9 a 12 de febrero de 1981) impulsado por intelectuales y activistas de diversos países para denunciar la participación estadounidense en las violaciones de los derechos humanos en El Salvador, o el Encuentro Internacional de Solidaridad con Nicaragua (26 al 31 de enero de 1981 en Managua) que contó con representantes de comités de solidaridad de más de 30 países. Para resaltar la importancia de estos actores para la intervención en la opinión pública internacional a favor de la revolución sandinista, toda la Dirección Nacional del FSLN asistió a la inauguración del evento (van Ommen, 2016).

Las experiencias de organización de la solidaridad en diferentes países permiten identificar tres ejes temáticos que articularon el activismo transnacional de los movimientos revolucionarios centroamericanos: la denuncia a los gobiernos represivos y excluyentes de la región, la reivindicación de los derechos humanos y de la justicia social y, por último, la lucha en contra del intervencionismo estadounidense y por la soberanía nacional. Cada uno de los tres ejes incluía tópicos e imágenes que, al mismo tiempo que encuadraban dentro de la narrativa y el modelo emanados de la revolución cubana, permitían otorgar un nuevo sentido a prácticas y discursos políticos que respondían tanto a las experiencias nacionales propias como a la nueva coyuntura internacional (Camacho Padilla y Ramírez Palacio 2016, De Guisepppe 2016, Macleod 2011/2012, Perla Jr. 2008, van Ommen 2016, Ágreda Portero y Helm 2016).

En primer lugar, como ya se señaló previamente, la experiencia nicaragüense permitió recuperar la convicción que la lucha armada seguía siendo una estrategia legítima para derrotar a dictaduras cívico-militares. Tal como señala De Guisepppe, en países como El Salvador el alarmante incremento de víctimas de la violencia contrainsurgente, después de la revolución triunfante en el país vecino, impulsó incluso a círculos católicos nacionales e internacionales, históricamente críticos al marxismo y guevarismo, a reconocer implícito o explícitamente (como en el caso de Socorro Jurídico, departamento del arzobispado de San Salvador para atender las violaciones a los derechos humanos) la opción insurgente como una solución válida para poner fin al terrorismo de Estado (De Guisepppe, 2016). No obstante, lo anterior, la vía armada tendió a perder el significado mítico adquirido durante los primeros años de la revolución cubana como sinónimo de lucha anticapitalista. En la década de 1970, las organizaciones político-militares en la región, en múltiples debates ideológicos internos, habían reafirmado su identidad marxista-leninista insistiendo en que el único camino para superar la dependencia, desigualdad y exclusión política era la transformación socialista para la cual la lucha armada era imprescindible. Pero en el tránsito, a partir de 1980/1981, de la movilización insurreccional hacia las guerras civiles en El Salvador y Guatemala, así como el inicio de las operaciones de la Contra en Nicaragua, modificó los objetivos políticos para los cuales se buscaba aliados internacionales tanto en el ámbito gubernamental como no gubernamental: en esta situación, la defensa de los derechos humanos —a diferencia de la lucha anticapitalista en pro de la transformación socialista— permitía movilizar a

apoyos de un espectro ideológico más amplio y diverso, que la Nueva Izquierda o los grupos revolucionarios, al incluir gobiernos civiles latinoamericanos, los socialdemócratas europeos y redes transnacionales de la iglesia católica, retomando para tal fin tópicos, símbolos y modalidades de organización provenientes de las movilizaciones en contra del autoritarismo militar en el Cono Sur, y centrados en el principio de revalorar el derecho a la vida y la integridad física de las personas independientemente de su afiliación ideológica. Religiosos centroamericanos jugaron un papel importante en la movilización de apoyos, como el sacerdote Ernesto Cardenal para el caso de Nicaragua o Monseñor Oscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador asesinado en 1980. Los autores Ágreda Portero y Helm señalan al respecto que tanto en España como en Alemania la presencia de personajes públicos, como el mencionado Ernesto Cardenal, el escritor Sergio Ramírez o el cuadro sandinista Enrique Schmidt Cuadra, fue decisiva para la fundación de comités de solidaridad (Ágreda Portero y Helm 2016). Por su parte, Massimo De Guiseppe reafirma la importancia de Monseñor Oscar Arnulfo Romero no sólo por su papel para abrir la Iglesia salvadoreña a las organizaciones populares, sino también como “activista transnacional” que aprovechaba las redes católicas y su propia proyección internacional para denunciar el carácter represivo del gobierno salvadoreño y exigir públicamente al gobierno de James Carter la suspensión de la ayuda estadounidense para las Fuerzas Armadas salvadoreñas (De Guiseppe 2016). En el caso guatemalteco, según Macleod, los aliados internacionales de la guerrilla y sus exiliados usaron de manera estratégica la denuncia de los atropellos de los derechos humanos y, específicamente, de la violencia militar en contra de los pueblos indígenas para despertar un mayor apoyo en los círculos de la solidaridad y cooperación internacional (Macleod 2011/2012, 232-233).

Así como la agenda de derechos humanos facilitó la convergencia transnacional de activistas provenientes de distintos lugares y sectores: izquierdas radicales y socialdemócratas, sindicalistas preocupados por la violencia dirigida hacia trabajadores organizados, cristianos interpelados por la persecución de la iglesia popular; la bandera de la justicia social, como promesa y principio para orientar la lucha en contra de la pobreza y la desigualdad, permitió encuadrar el apoyo dentro de las narrativas globales de luchas históricas de los movimientos sociales para reivindicar los principios normativos de un nuevo orden social basado en reciprocidades solidarias, responsabilidades colectivas y funciones redistributivas del Estado. Si El Salvador y Guatemala fungieron como ejemplos paradigmáticos para denunciar las violaciones a los derechos humanos por las fuerzas estatales (Camacho Padilla y Ramírez Palacio, 2016), la Nicaragua sandinista sirvió de caso contrastante y positivo para simbolizar la concreción de las promesas revolucionarias en un Estado preocupado por la transformación de las condiciones de vida de su población. Pero a diferencia del caso cubano, Nicaragua planteaba que la ruptura con el capitalismo no era condición necesaria para encarar de manera inmediata el problema de la pobreza y exclusión social. En cambio, se señalaba que la instalación de una economía mixta con un fuerte componente estatal, acompañado por la instrumentación de políticas sociales redistributivas y la participación organizada de la sociedad, permitiría enfrentar la desigualdad estructural sin tener que tensar demasiado las relaciones nacionales e internacionales con las potencias capitalistas. En este mismo sentido, el peso simbólico otorgado por el gobierno nicaragüense a las políticas de educación y salud como mecanismos de integración y democratización social permitía enganchar el proyecto sandinista con las expectativas de cambio de la izquierda socialdemócrata europea. Otra manera para acceder a apoyo internacional después de la derrota de la dictadura somocista e interpelar a gobiernos y líderes socialdemócratas (como

Olof Palme de Suecia o Bruno Kreisky de Austria) fueron los esfuerzos estatales por reconstruir la infraestructura destruida por la guerra en contra de Somoza (Blecha, 2016).

Estudios como los de Van Ommen (2016) o Ágreda Portero y Helm, (2016) dan cuenta de las contradicciones que emanaron a lo largo de la década de 1980 y continuaba la agresión contrarrevolucionaria. Por una parte, la asunción del FSLN al gobierno había generado expectativas de una mayor democratización y reconocimiento de derechos, las cuales chocaban con las acciones gubernamentales que restringían derechos civiles como, por ejemplo, la suspensión del derecho a huelga o el comportamiento represivo de las fuerzas armadas en contra de sectores de la oposición anti-sandinista y en la Costa Atlántica (sin llegar nunca al grado de la violencia estatal que ejercían los gobiernos guatemalteco, salvadoreño o hondureño). La interpretación de estas contradicciones de la revolución sandinista generaba fricciones y distanciamientos dentro del activismo transnacional en pro de la Nicaragua sandinista, pero también creó nuevos propósitos para la acción y estrategias de comunicación para contrarrestar una información mediática sesgada a favor de la oposición antisandinista y la administración estadounidense. Con base en información obtenida por lo general de funcionarios gubernamentales y partidistas del FSLN, así como de periodistas y cooperantes internacionalistas con residencia en Nicaragua, una novedosa línea de acción del activismo transnacional europeo y estadounidense empezó a enfocarse en la difusión de datos y narrativas alternativas que permitirían contextualizar las acciones sandinistas en el marco de la agresión contrarrevolucionaria y la injerencia estadounidense. A pesar de que la información alternativa tuvo poco impacto en los grandes medios de comunicación, los grupos y activistas de solidaridad contribuyeron a la consolidación de un circuito de revistas alternativas sobre problemas de desarrollo, las relaciones Norte-Sur y el papel de las potencias imperialistas y países industrializados en la reproducción de la dependencia económica y política que en algunos casos existe hasta el día de hoy (Blecha, 2016; Camacho Padilla y Ramírez Palacio, 2016; Ágreda Portero y Helm, 2016).

Posiblemente el tercer tópico –la lucha en contra del intervencionismo estadounidense y por el reconocimiento del derecho a la soberanía nacional- presenta la mayor continuidad con un marco discursivo y un imaginario anti-imperialista y anti-americano histórico que, además, permitía conectar a activistas provenientes de distintos orígenes geográficos y nacionales. Como bien señala Héctor Perla, para el caso estadounidense del movimiento de solidaridad con Centroamérica, las redes organizativas formadas inicialmente por activistas exiliados dentro de la diáspora centroamericana, se extendieron para conectarse con personas y organizaciones provenientes del movimiento de derechos civiles, eclesiales, pacifistas o antimilitaristas de origen estadounidense. Con el recrudescimiento de las políticas intervencionistas de la administración de Ronald Reagan, estas redes unieron a ciudadanos salvadoreños, nicaragüenses, guatemaltecos y estadounidenses en torno al objetivo común de denunciar y detener la intervención a favor de los gobiernos de derecha en Centroamérica, y el asedio al gobierno sandinista (Perla Jr., 2008: 9-10). En los países de Europa Occidental, la denuncia del intervencionismo estadounidense buscaba cuestionar el alineamiento de la mayoría de los gobiernos europeos con las estrategias estadounidenses para aislar a la Nicaragua sandinista con la justificación de su cercanía con el bloque soviético y Cuba. Para fundamentar mejor las denuncias –y siguiendo el discurso público y las estrategias comunicativas de las organizaciones revolucionarias centroamericanas-, se insistía en las causas internas de desigualdad, pobreza y el carácter antidemocrático de las elites

gobernantes como factores causantes de los conflictos armados. En cambio, se resaltaba el arraigo nacional y popular de los movimientos armados, restándole al mismo tiempo centralidad a la participación e involucramiento de extranjeros dentro de las estructuras político-militares, o admitiendo sólo su apoyo en tareas de carácter civil (educación, salud, etcétera). En consecuencia, la participación de combatientes internacionalistas en las filas de las organizaciones guerrilleras o como apoyo al ejército sandinista recibió poca difusión. De esta manera el activismo transnacional a favor de las revoluciones centroamericanas contribuyó al fortalecimiento y la actualización de la imagen del imperialismo estadounidense como actor activo y presente en el Sur Global que, con el objetivo de imponer sus intereses y posición geopolíticos, impide hasta el día de hoy procesos de democratización política y los esfuerzos endógenos para lograr la soberanía y el desarrollo nacional.

### **A modo de conclusión**

A partir de revisar los estudios de expresiones nacionales de la solidaridad con Centroamérica, en las décadas de 1970 y 1980, este artículo buscó indagar de qué manera las narrativas y claves de lectura proporcionadas por la revolución cubana se reprodujeron en los temas y reivindicaciones promovidas por el activismo transnacional de las revoluciones centroamericanas. Cuba se había transformado en una manifestación regional del conflicto Norte-Sur y un símbolo de la resistencia en contra del imperialismo estadounidense, lo cual le garantizaba la simpatía y el apoyo internacionalista de la Nueva Izquierda, incluso después de 1970, cuando las políticas concretas del gobierno cubano se volvieron más pragmáticas.

En el caso centroamericano, las afinidades temáticas y simbologías –especialmente en lo relacionado con la lucha armada y con la figura del guerrillero– reflejan las continuidades que permiten hablar de un mismo ciclo e imaginario de movimientos revolucionarios. No obstante, la familiaridad derivada de Cuba como “revolución-modelo”, la revisión de estudios también da cuenta de los ajustes en los marcos cognitivos por medio de los cuales el activismo acomodó las estrategias y discursos en función de nuevas situaciones y una nueva coyuntura regional, sin abandonar de todo el imaginario de la revolución armada como principal forma de lucha anti-capitalista y antiimperialista en el Tercer Mundo. En este sentido la identificación de los tres ejes temáticos para justificar la movilización y los apoyos solidarios internacionales a favor de los procesos centroamericanos es ilustrativa. Mientras los tópicos de la lucha por la igualdad y justicia social y en contra de la injerencia estadounidense reflejan las continuidades de los imaginarios propios del activismo socialista, antiimperialista y de liberación nacional, la introducción de los derechos humanos como principio de legitimación para movilizar apoyos solidarios de grupos más amplios y diversos en cuanto a su ideología, origen sectorial y geográfico, apuntan a ciertos cambios en las representaciones colectivas del activismo transnacional que caracterizarían el mundo de la posguerra fría. Para los revolucionarios centroamericanos el “descubrimiento” de los derechos humanos como una temática apropiada para ampliar los apoyos transnacionales se debía tanto al procesamiento de las experiencias propias con la extrema violencia contrainsurgente hacia fines de la década de 1970, como a la transferencia de prácticas, símbolos y discursos provenientes de otros movimientos de solidaridad, específicamente, con las víctimas del terrorismo de Estado de los países del Cono Sur. En este sentido, las frases - “El deber de cada revolucionario es hacer la revolución” (Fidel Castro) y “La solidaridad es la ternura entre los pueblos” (la poetisa nicaragüense Gioconda



Belli)- usadas como subtítulos en este artículo, permiten ilustrar los ajustes de estilo y distintos énfasis que caracterizaron dos momentos del activismo transnacional, uno vinculado a la Cuba de la década de 1960 y otro a la región centroamericana de la década de 1980. Pero también hacen referencia a los cambios en el ambiente de época al inicio y al final del ciclo revolucionario inaugurado por el triunfo cubano.

Falta indagar más en torno al significado de la solidaridad internacionalista para la construcción de identidades y trayectorias políticas transnacionales de agentes sociales en otros países que apoyaban las revoluciones latinoamericanas sintiéndose parte de un universalismo internacionalista que compartía como fin la transformación de un mundo social global caracterizado por la desigualdad y dependencia. En este sentido la noción de Nueva Izquierda sigue siendo un término funcional y sugerente para comprender las dinámicas, anhelos, afinidades y tensiones de este universalismo en la segunda mitad del siglo veinte. El énfasis que la Nueva Izquierda puso en la redefinición y ampliación de la noción del sujeto revolucionario más allá de la clase obrera industrial, y en la acción directa como una práctica que no sólo permitiría impulsar procesos de movilización y reclutar a nuevos miembros para las organizaciones, sino también como un medio para radicalizar demandas y confrontaciones hasta desencadenar procesos revolucionarios (Katsiaficas, 1987: 21-27), hizo posible que los movimientos armados de Cuba y Centroamérica despertaran simpatías y disposiciones de colaboración no sólo dentro de los circuitos de la militancia radical(izada) sino también entre activistas y simpatizantes que no pensaban que la lucha armada podría ser una opción viable y deseable para la transformación social de sus propios países.

Pero a pesar de que hoy muchos de los discursos que caracterizaron en su momento el ciclo de las revoluciones armadas inspiradas en el modelo cubano parecen “fuera de lugar” y “pasado de moda”, no todos los símbolos o prácticas han desaparecido. Más bien parecería que han contribuido a la conformación de “sedimentos de significados” (Eliasoph y Lo, 2012: 776), que integran las representaciones colectivas de un activismo transnacional comprometido con la lucha por los derechos humanos y que considera la injerencia de potencias mundiales y empresas transnacionales en los asuntos internos de los países como obstáculos al desarrollo y la democracia en los países del Sur Global. En este sentido, la reconstrucción del legado de la revolución cubana y centroamericana, así como de los movimientos de solidaridad, sigue siendo válida tanto para recuperar las memorias colectivas de un periodo central para la historia reciente de la región, como para comprender las lógicas de la acción colectiva y las dinámicas de una movilización social transnacional que, hoy en día, vincula activismos del Norte con el Sur Global.

## **Bibliografía**

Aranda Andrade, Marco y García Agustín, Óscar (2014): "Solidaridad y acción política", *Sociedad y Discurso* [en línea], n° 25. Consultado el 26 de octubre de 2017. Disponible en línea en <https://journals.aau.dk/index.php/sd/article/view/994/777>

Ágreda Portero, José Manuel, y Christian Helm. «Solidaridad con la revolución sandinista. Comparativa de redes transnacionales: Los casos de la república federal de Alemania y España.»

*Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, n° 17 (2016).

Álvarez Vallejos, Rolando. «Los orígenes de la rebelión popular en el Partido Comunista de Chile.» En *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*, de Verónica Valdivia, Rolando Álvarez y Julio Pinto, 101-152. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2006.

Arrighi, Giovanni, Terence K. Hopkins, y Immanuel Wallerstein. *Movimientos antisistémicos*. Madrid: Akal, 1999.

Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.

Benford, Robert D., y David A. Snow. «Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment.» *Annual Review of Sociology* 26 (2000): 611-639.

Blecha, Laurin. «Vietnam in Latin America! The Nicaraguan Revolution in the Austrian Press.» *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, n° 17 (2016).

Camacho Navarro, Enrique. «La Legión del Caribe. La insurrección democrática en Centroamérica y el Caribe (1940-1954).» En *Insurrección y democracia en el Circuncaribe*, de Ignacio Sosa, 47-74. México: CCyDEL/UNAM, 1997.

Camacho Padilla, Fernando, y Laura Ramírez Palacio. «Las imágenes de las guerrillas centroamericanas en las redes de la solidaridad internacional de Suecia.» *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, n° 17 (2016).

Cluster, Dick. «The Venceremos Brigade. A Sixties Political Journey.» *ReVista. Harvard Review of Latin America* VIII, n° 2 (Winter 2009): 30-31.

Cortina Orero, Eudald. «Discursos en (R)evolución. Lucha ideológica y captación de solidaridad en el movimiento revolucionario salvadoreño.» *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas [en línea]*, n° 17 (2016): 1-22.

De Guiseppe, Massimo . «Italia frente a la guerra civil salvadoreña: la iglesia, movimientos religiosos, denuncias jurídicas e iniciativas políticas.» *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Colloques*, Octubre 2016.

Diskin, Martin. «Campesinos e indios: nuevos sujetos históricos en Centroamérica.» En *Democracia emergente en Centroamérica*, de Carlos M. Vilas, 65-83. México: CEIICH/UNAM, 1993.

Eliasoph, Nina, y Jade Lo. «Broadening Cultural Sociology Scope: Meaning Making in mundane organizational life.» En *The Oxford Handbook of Cultural Sociology*, de Jeffrey C. Alexander, Ronald N. Jacobs y Philip Smith, 763-787. Oxford, New York: Oxford University Press, 2012.

Fox, Jonathan. «Unpacking "transnational citizenship".» *Annual Review of Political Science* 8 (2005): 171-201.

Galicia Martínez, Alejandra G. «Sandino en Ariel: representaciones del héroe en una revista antiimperialista.» En *El imaginario antiimperialista en América Latina*, de Andrés Kozel, Florencia Grossi y Delfina Moroni, 141-169. Buenos Aires: CLACSO/Ediciones del CCC, 2015.

Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Guevara, Ernesto. «Crear dos, tres... muchos Viet Nam, es la consigna.» En *Rebelión tricontinental. Las voces de los condenados de la tierra de África, Asia y América Latina*, de v.v.A.A., 23-37. La Habana: Ocean Sur, 2006.

—. «En la Conferencia Afroasiática en Argelia (24 de febrero de 1965).» *Che Guevara presente: Una antología mínima*. 24 de febrero de 1965. <https://www.marxists.org/espanol/guevara/escritos/op/libros/presente/23.htm> (último acceso: 15 de julio de 2017).

Harmer, Tanya. «Two, Three, Many Revolutions? Cuba and the Prospects for Revolutionary Change in Latin America, 1967-1975.» *Journal for Latin American Studies*, n° 45 (2013): 61-89.

Hernández, Rafael M. «The Red Year. Politics, Society and Culture in 1968.» *ReVista. Harvard Review of Latinamerica* VIII, n° 2 (Invierno 2009): 21-24.

Katsiaficas, George. *The Imagination of the New Left. A global analysis of 1968*. Boston/Mass.: South End Press, 1987.

Macleod, Morna. «Comunidad internacional y derechos humanos en Chile y Guatemala.» *Bajo el Volcán. Revista del Posgrado de Sociología. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla* 11, n° 17 (2011/2012): 223-257.

Mayer, David. «Trotzige TROPEN-kämpferische Klio. Zur marxistisch inspirierten Geschichtsdebatten in Lateinamerika in den "langen 1960er Jahren" in transnationaler Perspektive.» Vienna: Universidad de Vienna, September de 2011.

Mokhtefi, Elaine. «Panther in Algerien. Eldridge Cleavers Exil im gelobten Land des Antikolonialismus.» *Lettre Internationale*, n° 117 (2017): 98-101.

Oñate, Andrea. «The Red Affair: FMLN-Cuban Relations during the Salvadoran Civil War, 1981-92.» *Cold War History* 11, n° 2 (2011): 133-154.

Palieraki, Eugenia. «¿Bajo el signo de Fidel? La revolución cubana y la "nueva izquierda revolucionaria" chilena en los años 1960.» En *Chile y la Guerra Fría global*, de Tanya Harmer y Alfredo Riquelme Segovia, 155-191. Santiago de Chile: RiL Editoriales, 2014.

Perla Jr., Héctor. «Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá. Central American Agency in the Creation of the U.S. -Central American Peace and Solidarity Movement.» *Latin American Research Review* 43, n° 2 (2008): 136-158.

Perla, Héctor. «La revolución nicaragüense y la solidaridad internacional.» En *Nicaragua y el FSLN (1979-2009)*, de David Close y Salvador Martí i Puig, 117-136. Barcelona: edicions bellaterra, 2009.

Pirker, Kristina, y Omar Núñez Rodríguez. «"La revolución salvadoreña necesita de la solidaridad del pueblo mexicano". Exilio salvadoreño y activismo político en la Ciudad de México.» En *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época*, de Mario Vázquez Olivera y Fabián Campos Hernández, 285-308. México: Bonilla Artigas Editores/UNAM-CIALC, 2016.

Pirker, Kristina, y Omar Núñez Rodríguez. «"La revolución salvadoreña necesita de la solidaridad del pueblo mexicano". Exilio salvadoreño y activismo político en la Ciudad de México.» En *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época*, de Mario Vázquez Olivera y Fabian Campos Hernández, 285-308. México: Bonilla Artigas Editores/CIALC, UNAM, 2016.

Reis Filho, Daniel. *A revolucao faltou ao encontro. Os comunistas no Brasil*. Sao Paulo: Brasiliense, 1990.

Saull, Richard. «El lugar del sur global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico.» En *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, de Daniela Spenser, 31-66. México : CIESAS/Ed. Porrúa , 2004.

Tarrow, Sidney. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial, 2004.

Taylor, Charles. *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona: Paidós Básica, 2006.

van Ommen, Eline. «The Sandinista Revolution in the Netherlands: The Dutch Solidarity Committees and Nicaragua (1977-1990).» *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*. , n° 17 (2016).

Vilas, Carlos M., y Richard Harris. «Liberación Nacional, democracia popular y transición al socialismo.» En *La revolución en Nicaragua. Liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, de Richard Harris y Carlos M. Vilas, 331-350. México: Ediciones Era, 1985.

Wright, Thomas C. *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*. New York, Westport Conneticut, London: Praeger, 1991.

Wünderich, Volker. *Sandino. Una biografía política*. Managua: Nueva Nicaragua, 1995.

